

## VII.

En los párrafos anteriores nos hemos esforzado en demostrar la falsa posición en que se encuentran los países bañados por las aguas del Seno Mexicano y los intereses de las naciones europeas que están en continuas relaciones con ellos.

Esta falsa posición, como siempre sucede, tiene su origen en la injusticia.

Bajo cualquier aspecto que se considere una cuestión, en política como en moral, lo que es malo en sí, no puede nunca servir de base sólida y durable á ninguna cosa.

Los Estados-Unidos se organizaron y se inscribieron en el catálogo de los pueblos soberanos é independientes de la tierra, bajo los auspicios más favorables. Durante algún tiempo las sábias máximas de sus fundadores presidieron en su política, y su prosperidad no conoció precedente en la historia. Con su prosperidad se desarrolló en ellos la ambición de conquistas, y con sus injustas invasiones se enajenaron la voluntad de sus vecinos y sembraron en el corazón de sus propios hijos semillas de discordia. Tenían á la verdad en sus entrañas un gérmen de grave enfermedad, y cuando debieran haberle arrancado de cuajo con tiempo y oportunamente, se imaginaron que no era un mal; antes por el contrario, se figuraron que era una de las causas principales de su riqueza. Fundados en tan deplorable error, no pensaron en estirparle, sino en darle cada día mayor incremento. Este gérmen de males es la esclavitud, verdadero y primordial origen de todas sus desavenencias, y hoy causa eficiente de su guerra civil, sin que por eso dejemos de conocer el influjo que subsidiariamente ejercen en ella otras cuestiones en las que ahora no se fija la atención, porque aparecen como secundarias al lado de la importantísima de la esclavitud; pero que el día que esta desaparezca, ocuparán el primer lugar, porque entrañan incompatibilidades de la mayor gravedad, que á su vez servirán de causa á nuevas disensiones, hasta que llegue el desmembramiento del coloso del Norte, si es que ahora no consiguen su objeto los Estados Confederados.

La gran república del Norte se dividirá pues, si no ahora, más tarde, en dos grandes fracciones, cuyos tipos esenciales serán muy característicos. En la del Norte, la libertad del trabajo y del trabajador marcará sus progresos y adelantos en la civilización con su noble sello; mientras que en la del Sur

durará por mucho tiempo la huella que siempre deja la esclavitud del hombre en el trabajo.

El porvenir de la una no tiene sombras ni manchas; su horizonte de oro y azul, es puro como lo es el fundamento de sus leyes.

El porvenir de la otra está preñado de perturbaciones sociales á causa de la servidumbre y de los odios de raza que sobrevivirán á la manumisión de los negros; su horizonte, oscurecido por las sombras de la esclavitud que hasta ahora ha servido de base á su economía interior, necesita, para despejarse, que se hagan cambios radicales en su organización y en sus costumbres.

Si mientras permanecieron sin guerra y unidos los Estados del Norte y del Sur, estaban siempre en continua pugna por causa de la esclavitud, en la suposición de que ahora se separen y formen dos naciones independientes, la misma causa producirá entre ellos perennes disgustos que darán margen á graves conflictos en sus relaciones internacionales.

Los Estados del Norte, que no se considerarán entonces obligados á guardar las consideraciones que antes respetaban cuando los del Sur formaban con ellos una misma familia, trabajarán con toda libertad en la propaganda abolicionista y suscitarán sin embozo las cuestiones de emancipación y de derecho de asilo en su territorio para los negros, sin estar contenidos ya por el temor que antes los encerraba en los límites reconocidos de los derechos de cada Estado de la Gran Confederación.

Como en los Estados del Sur la idea de conservar la esclavitud es la que principalmente causa su disidencia actual respecto de los del Norte, si se constituyen ahora en república independiente, no es de suponer que al hacerlo, tengan la intención de abolirla desde luego; aunque más tarde es indudable que se ocuparán en escogitar los medios de extinguir esa malhadada institución. Pero antes de que emancipen á sus esclavos, nada de extraño será que, confiando en su poder y enorgullecidos con su triunfo, se lancen en las empresas arriesgadas de filibusterismo y se erijan en un constante amago contra el sosiego y la pacífica posesión, por parte de sus dueños actuales, de los países que ambicionen.

Agréguese á esto, que enojados los del Sur, por la falta del apoyo que hubiera sido de desear que les prestaran las potencias más directamente interesadas en su separación de los del Norte, se considerarán libres de compromisos para con ellas, si logran separarse sin auxilio extraño, y no se crearán obligados á guardar muchos miramientos.

Y sin embargo, ningún país puede contar con una larga duración cuando sus tendencias constituyen una amenaza constante en sus relaciones con sus

vecinos, y sus instituciones un estado violento en su organizacion interior, por ser contrario á la naturaleza, y nada lo es tanto como la explotacion por la fuerza del hombre por el hombre.

Nuevos Espartacos nacerán que, con mejor fortuna que John Brown, lograrán al fin y al cabo, si los blancos no se adelantan á dar la libertad á sus negros, la emancipacion de sus hermanos, favorecidos en sus empresas por los poderosos auxiliares que encontrarán en el Norte, si es que no precipita la realizacion de ese acontecimiento una guerra extranjera.

Los anglo-americanos del Sur, lo repetimos, con la mira de precaver este suceso mientras tengan esclavitud, tratarán de adquirir mas tierras creyendo que así serán mas fuertes; pero es claro que con el aumento de su estension territorial lo que ganarán, será aumentar sus peligros, porque con la multiplicacion de sus esclavos serán mayores las contingencias que por esta causa tengan que temer, y mientras mas ensanche den á su territorio, tanta más dificultad tendrán para defenderle. Y cuenta que no podrán en un momento dado disminuir los riesgos que trae consigo la esclavitud, como lo hacian los griegos con los ilotas cuando su crecido número inspiraba temores al Estado, porque esas matanzas no son ya de nuestra época, y porque hoy el interés y la pasion de las riquezas hablan mas alto para nuestros vecinos que el temor de un suceso que se presenta dudoso para unos, remoto para otros y que algunos aparentan creer tan insignificante, que no debe tomarse en consideracion.

Esa codicia de riquezas y ese interés de que hacemos mérito, habian adquirido tales proporciones en los Estados-Unidos, que la especulacion de criar esclavos era allí, antes de comenzar la guerra civil actual, una de las mas lucrativas, y se ocupaban en ella como se ocupan en cualquiera otra parte en la cria del ganado caballar ó vacuno.

Para dar salida á esta triste mercancía, se necesita aumentar el cultivo de la tierra. De aquí sus deseos de adquirir nuevos territorios, deseos que han elevado á una que llaman *teoría de expansion*, y que hoy mismo, en medio de la guerra que sostienen, les impulsan á formar proyectos de invasion en la orilla derecha del Bravo. La ocupacion de la parte del territorio mexicano que ambicionan nuestros vecinos, hubiera llegado á ser un hecho consumado antes de que pudiéramos nosotros oponerles algun obstáculo, si el restablecimiento de la monarquía en México no nos sacara del estado de abyeccion en que habiamos caído.

A pesar de eso, nosotros debemos prepararnos con tiempo, á fin de que no nos cojan desprevenidos el dia que sea necesario combatir y rechazar con la fuerza una injusta agresion.

De los Estados sin esclavos tambien debemos temer, y mucho mas si en California y Nuevo-México, que hace poco eran nuestros, germinan las ideas de separacion y de constituirse en república independiente de los del Norte y del Sur. En este caso corremos por esa parte de nuestra frontera mayores peligros que los que hoy nos amenazan por la línea del Bravo; porque entonces la república del Pacífico querria igualarse en territorio cuando menos á México, máxime teniendo tan cerca la codiciada Sonora con sus ricos placeres de oro.

Ya hemos dicho que estos peligros de invasion que nos amenazan en el porvenir, podrian evitarse favoreciendo las potencias interesadas en la desmembracion de los Estados-Unidos, la ereccion de la república de los Estados Confederados, imponiendo por condicion al reconocimiento de su independencia, el respeto inviolable de la integridad de su propio territorio y de la del de todos los demas países vecinos. Pero como esto no ha sido posible, los peligros para México quedan en pié hasta cierto grado.

Si á estos peligros exteriores agregamos los que en el interior amenazaban á nuestra sociedad de una disolucion completa, por la imposibilidad en que nos hallábamos de llegar por nosotros mismos á organizar un orden de cosas duradero y estable en México, tendríamos por resultado la deplorable situacion en que nos encontrábamos, situacion que hacia indispensable buscar el remedio á nuestros males fuera del país.

En México no habia ningun partido bastante fuerte para dominar á los otros. Los gobiernos se sucedian sin dejar tras de sí mas memoria que los tristes recuerdos de sus vejaciones y tropelías. Las cosas habian llegado á tal extremo en estos últimos años, que las calificaciones que adoptaban los partidos no eran mas que espresiones arbitrarias que no significaban lo que con tales nombres se comprende en otras partes. En realidad ya no habia mas cuestiones de partido en México que la guerra cruenta que hacian los que nada tenian á la propiedad pública ó privada. Del erario nacional hacian granjería los empleados de la nacion, y de la fortuna de los particulares daban cuenta las arbitrarias exacciones de la autoridad, desde la mas elevada hasta la mas ínfima de la escala social; pues comenzando por los repetidos préstamos forzosos, impuestos caprichosamente por el ministro de hacienda, y acabando por las gabelas que verbalmente fijaba el alcalde del villorrio mas insignificante, por todas partes, cada autoridad en su esfera y en su jurisdiccion, imponia contribuciones á su antojo y reducía á prision al que no las pagaba, cuando no le estrechaba de otra manera mas infuca.

Era imposible que una sociedad continuara mucho tiempo bajo un sistema tan insufrible. Se hacia, pues, indispensable LA INTERVENCION EUROPEA

EN MEXICO para salvarnos, tanto del enemigo extranjero como de nosotros mismos.

En efecto, la necesidad de la intervencion la comprendian y la deseaban todos los hombres pensadores en México, bien que algunos disimularan sus deseos llamándola mediacion, y que otros le agregaran el epíteto de amistosa; pero no se resolvian á tomar ninguna iniciativa en asunto de tamaña gravedad, porque no suponian que fuera fácil y hacedero poner de acuerdo sobre este particular á las potencias occidentales de Europa, y ademas que quisieran apechugar con las consecuencias que para ellas pudiera acarrear la intervencion. Así es que veíamos en México este remedio á nuestros males como el náufrago que á lo lejos descubre una tabla en la que puede salvarse y que en su ansiedad y congoja por asirla, va perdiendo en cada triste conato que hace para lograr su objeto, las pocas fuerzas que le quedan y con ellas sus esperanzas.

No quiere esto decir que no hubiese en México hombres que repugnasen el remedio, unos de buena fe y otros con dañada intencion. De los primeros nos ocuparemos en el párrafo siguiente. Los segundos eran aquellos hombres que, habiéndose apoderado de los destinos públicos, sin mérito para ello, comprendian perfectamente que el día que hubiese en México un gobierno de orden, desaparecerian de la escena política.

No faltaban tampoco quienes réchazaran la intervencion, porque acostumbrados á considerar el país como árbol caído del que todos hacen leña, veían muy claramente que en cuanto la probidad fuera la enseña del gobernante, se acabarían las vergonzosas especulaciones que los enriquecían, arruinando al país.

Tales eran los malos enemigos de la idea de la intervencion, y como tenían el poder en la mano, la sofocaban en cierne por cuantos medios estaban á su alcance, bien que sin creer que la cosa pudiera realizarse; pero iluminados por ese temor instintivo del hombre á quien amenaza un gran peligro y que tiene inspiraciones propias del miedo, prevenían que al fin sus maldades tendrían un término, sin poder fijar cuál sería ese término.

En esta situacion estábamos cuando las torpezas del gobierno, como si aquí se verificara aquello de que cuando Dios quiere perder á los hombres los ciega, vinieron á favorecer la realizacion del plan que debia salvarnos y que deseaban todos los buenos mexicanos que aceptan cualquier sacrificio antes que perder la nacionalidad y la independencia del país. Ese plan fué el tratado de Lóndres, firmado en Octubre de 1861, por el cual las tres potencias occidentales de Europa tomaban la demanda en la cuestion mexicana.

La causa ocasional de ese tratado fué la ley del 17 de Julio de dicho año,

conocida aquí con el nombre de ley de suspension de pagos. La historia de esa ley es curiosa; héla aquí en pocas palabras.

Cuatro días antes, esto es, el 13 de Julio, se habia organizado un nuevo ministerio del que era gefe, como ministro de relaciones exteriores, el Sr. D. Manuel María de Zamacona, quien dió un manifiesto á la nacion que era un verdadero proceso contra los actos del gobierno hasta entonces. En él decia que "la palabra reforma no sería la única que escribiría en el frontispicio de su obra, sino que añadiría las de *reorganizacion, orden, economía y moralidad.*"

Estas cuatro últimas palabras están subrayadas en el manifiesto. La palabra *moralidad*, aplicada á su futura administracion, es la mas repetida en él, y sin embargo, el primer paso que da el ministerio, es presentar al congreso la ley de suspension de pagos! La cámara se oponia á aprobarla, porque, por desmoralizado que esté un cuerpo, la conciencia pública ejerce siempre una presion saludable sobre sus miembros; así fué que el gobierno solo pudo conseguir que pasara su ley usando de una superchería que, si fué cierta, no necesitamos calificar, como la de asegurar al congreso, en contestacion á una pregunta que sobre el particular se le hizo, que ya se habia puesto de acuerdo con los ministros extranjeros en lo relativo á la suspension.

Aunque las tres sesiones del congreso en que se trató este punto, fueron secretas, todo el mundo sabia lo que pasaba en ellas con mas exactitud que si hubiesen sido públicas. En México nadie guarda ningun secreto político, y de esto se habló tanto, que no hay quien ignore lo que acabamos de referir, sea cierto ó no.

La falsedad del testimonio del gobierno, si le dió, vino á ponerse de manifiesto cuando publicada la ley con fecha 17 de Julio, se vió que fué la causa del rompimiento de las relaciones con los representantes de Inglaterra y Francia, estando ya rotas con España desde la violenta espulsion del Embajador de S. M. C.

El escándalo que produjo esta ley en nosotros mismos á pesar de estar ya, por desgracia, demasiado avezados á las inconsecuencias é informalidades de ciertos gobiernos poco escrupulosos en el cumplimiento de sus compromisos, fué general en todos los partidos; pues apenas habian pasado seis meses que el gobierno de D. Benito Juárez habia ocupado á México, teniendo á su disposicion los inmensos capitales que habia acumulado el clero durante tres siglos, y los muy considerables que la piedad de nuestros mayores habia destinado á obras de beneficencia y de instruccion públicas.

Los despilfarros y la ineptitud de la administracion eran tales, que una mitad de los representantes del congreso, 51 diputados, dirigieron á D. Be-

nito Juárez una representación pidiéndole que bajara de la silla presidencial, siendo cabalmente uno de los fundamentos de esa petición, el derroche escandaloso de los centenares de millones de pesos que componían los bienes del clero.—Debemos advertir que entre todos los miembros del congreso no había *un solo individuo* del partido conservador.

Pero mucho se engañara el que creyera que esa ley fué la causa eficiente de una resolución tan importante, cual fué la de combinar la intervención. Los males que de muy atrás nos aquejaban y nuestras continuas discordias, fueron la semilla que al fin produjo la intervención europea en México; y como para que se realice un grande acontecimiento providencial, es necesario que ocurran otros hechos extraordinarios que lo faciliten, concurrieron para producir el que ahora nos salva, la asombrosa guerra de los Estados Unidos y los torpes desaciertos de la administración pasada. La supina ineptitud de esa administración se figuró que puesto que la suspensión de pagos de los adeudos reconocidos por convenciones diplomáticas, ocasionó el tratado de Londres, con derogar la parte de la ley que se refería á esa suspensión, se desvanecía la causa de la intervención, y por consiguiente todo debía volver á su antiguo ser y estado.—Este solo hecho prueba la superficialidad de los estadistas que tan poco alcanzaban en su previsión.

Tres grandes potencias como la Francia, la Inglaterra y la España, no se hubieran reunido para hacer la guerra á la administración de Juárez, si á tan mezquinas proporciones se concretasen sus pretensiones. Cada una de ellas es por sí sola sobrado fuerte para obtener el pago de lo que se le debe y para deshacer sus agravios.

Su empresa era otra, y bien claro se deducía cuál era la mente de la intervención por el contesto mismo del tratado.

Y sin embargo, sorpresa fué lo primero que produjo, porque muy contados eran los que estaban iniciados en los pasos que se daban en Europa para lograr este resultado.

### VIII.

La variedad de ideas y de convicciones que se observa en los hombres cuando ocurre un hecho social de grande importancia, es muy digna de estudiarse en sus causas y en sus efectos. El amor á la patria y los deberes para con ella no son en verdad sentimientos nuevos en el mundo, y sin embargo, vemos en la historia que bajo distintos conceptos y en disposiciones

absolutamente contrarias, se invocan ese amor y esos deberes como norte de la conducta de hombres que siguen caminos muy diversos y hasta diametralmente opuestos. Apliquemos esta observación á dos grandes hechos de nuestra historia, á la guerra de nuestra independencia y á la actual intervención europea en México.

Cuando comenzaron los disturbios en 1810 por el grito de Dolores, la fidelidad al rey, la obediencia á nuestros superiores, el respeto á nuestros iguales, eran el principio y el sentimiento dominantes en nuestra sociedad; porque tal la habían constituido sus fundadores, porque así la habían formado las instituciones á cuya sombra había crecido y medrado. Las relaciones entre el superior y los subalternos, los respetos y las consideraciones de hombre á hombre constituían los lazos que estrechaban las obligaciones sociales. Pero á medida que la ilustración se fué extendiendo y penetrando por las varias clases de la población, la independencia en las opiniones y la libertad de discurrir contribuyeron para que se formara otro estado moral, en cuya virtud los hombres se separaban de la influencia que sobre ellos ejercía la idea de la obligación hacía las personas, para seguir la de un pensamiento mas general, la influencia del amor á la patria y la de los deberes que nos impone. La fidelidad al rey y la fidelidad á la patria, cuando el rey y la patria dejaron de ser para los mexicanos una misma idea, una misma cosa, produjeron una división que estableció en nuestro país profundas diferencias entre sus hijos, calificadas por los nombres mismos con que se designaban; pues unos se llamaban patriotas y otros realistas.

Para estos, el respeto á lo pasado, el influjo de la costumbre y sobre todo la generosa intención que acompaña siempre á la idea de fidelidad, eran estímulos poderosos para obligarlos á defender en conciencia la autoridad real.

Para aquellos, el amor á la patria, los deberes que nos impone ese ente moral, colectivo, que toma cuerpo, que adquiere una personalidad real y efectiva para los hombres que todo lo sacrifican por su país; la fidelidad á la persona del rey, la obediencia á los superiores y el respeto á los iguales, cedieron el campo á un sentimiento grande y bello que ejercía en sus almas un imperio superior al de los antiguos lazos sociales.

Así pues, tanto bajo la bandera del rey como bajo el pendon de la independencia, los mexicanos estaban impulsados por nobles y generosos arranques; pero los sentimientos que los animaban diferían completamente así en sus causas como en sus fines; pues los unos sacrificaban su vida y sus intereses por permanecer fieles y conservar el país á su rey, al paso que los otros hacían los mismos sacrificios por ser independientes y tener patria.

Desde que esto se consiguió en 1821, la nación mexicana se ha visto cons-